diendo tan fácilmente salir de dudas con sólo encaminarse al Ayuntamiento y consultar allí el padrón municipal del malogrado artista, donde hubiese hallado la fecha y el lugar de su nacimiento antes de que se lo hiciese saber su partida de bautismo publicada por la prensa. Pero el Sr. Cañete encontró más cómodo seguir la rutina, dejando para otro escritor más estudioso ó menos despreocupado la ímproba tarea de rectificar tales errores, como en época no lejana hiciera el sabio Hartzembusch con los que alteraban la biografía del poeta Rojas. Deplorable inercia que puede acarrear funestos resultados, porque si los que tanto lamentan nuestra negligencia y abandono incurren en los mismos defectos que anatematizan, ¿qué les toca hacer á los demás? Hay que desengañarse; mientras los que están obligados á dar ejemplo se limiten á estériles predicaciones, seremos siempre los mismos que dejaron extraviar los restos de Lope y no pueden señalar con exactitud el espacio que ocupa la tumba de Cervantes.

Prescindiendo de esta culpable indiferencia, y de no ser cierto como afirma el respetable académico, que Calvo escuchara sus primeros aplausos en *La alquería de Bretaña*, ni tampoco se ajustase como primer actor de una compañía en la que sólo figuró de galan joven, ni menos se diese á conocer en *La Beltraneja*, nada habría que oponer al trabajo del Sr. Cañete, á no completarlo con un retrato físico de Calvo, por el que no sólo no podrán formarse aproximada idea los venideros, sino que ni aun le reconoceríamos los que hemos tenido la dicha de aplaudirle y el sentimiento de perderle. Dice entre otras cosas el referido académico, que Rafael era de figura poco aventajada, frase con la cual hasta puede cortesmente designarse á un contrahecho, cuando á todos nos consta que, aunque de pequeña estatura, que fué lo que debió aclarar el Sr. Cañete, era Calvo gentil en sumo grado; que su figura que en las tablas se agigantaba, aparecía igualmente airosa ciñendo la ajustada malla, como envuelto entre los pliegues del hábito franciscano, y que su voz, que de desapacible tacha el descontentadizo crítico, si bien de órgano débil, poseía entonaciones dulcísimas que contribuían poderosamente al encanto de su maravillosa recitación.

De opaca, velada y poco voluminosa, pudo calificar esa misma voz el Sr. Cañete, pero de desapacible ¡qué absurdo! Sensible es que personas constituídas en autoridad por el puesto que ocupan ignoren hasta ese extremo la exacta aplicación de las frases. En suma, que en España no contamos con una buena biografía de Rafael Calvo, puesto que la que más se ajusta á la verdad de los hechos débese á la pluma del distinguido escritor argentino D. Santiago Estrada, dándose el caso curioso de estar más enterados que nosotros los americanos de lo que atañe á nuestro eminente artista. No pretendemos llenar cumplidamente aquel vacío; ni nuestras fuerzas ni nuestra soberbia llegan á tanto. Sólo tratamos de narrar los puntos más culminantes de la vida artística de Calvo, enumerando de paso las altas prendas que distinguieron al hombre, como debido tributo que á su memoria ofrecemos en el primer aniversario de su fallecimiento. Nació Rafael Calvo el 19 de Marzo de 1842, en la hermosa región andaluza, donde alborearon sus primeras sonrisas y se extinguió también su último aliento. Fueron sus padres D. José Calvo, actor de merecido renombre y D.ª Lorenza Revilla, apellido tampoco desconocido en los fastos del teatro.

Sevilla tiene la gloria de contarle entre sus hijos, y Cádiz, la ciudad hoy de tan tristes recuerdos, fué testigo de sus primeros adelantos. Como no demostrase nuestro joven inclinación á seguir la profesión de su padre, hubo éste de matricularle en la universidad de Barcelona, donde cursó por algún tiempo la carrera de leyes con aprovechamiento notable. Tan felices principios presagiaban los más halagüeños resultados, cuando la fuerza de las circunstacias obligó á Rafael á ingesar en el teatro para contribuir al sostenimiento de su numerosa familia. No le fué favorable al joven Calvo este primer ensayo; verdad es que él por su parte tampoco le concediera demasiada importancia. Desdeñando, como toda imaginación soñadora, profundizar el fondo de los hechos y habituado además á los frecuentes aplausos prodigados á su padre, creyó cosa de poca monta salir á recitar cuatro versos, él que tantos hiciera brotar de su fantasía, y sin preocuparse más del asunto avanzó confiadamente hacia el proscenio; pero intimidado por el aspecto imponente del público y deseando escapar de allí á toda costa, dijo á media voz y casi de corrido lo poco que recordaba de su insignificante papel, dejando al auditorio en la consiguiente ignorancia de lo que el novel actor había pensado decirle. Por breve que fuere la aparición de Rafael en la escena, bastó para desvanecer las ilusiones todas de su padre. Manuel Catalina le insinuó amistosamente que estimulase las aficiones literarias de su hijo en vez de dedicarle al teatro para el que tan notoria incapacidad demostraba.

Dictamen tal, unido al íntimo convencimiento de su desairada situación, abrió en el amor propio del joven profunda brecha, que la suerte le ofreció poco después ocasión de reparar cumplidamente. Disponíase para el beneficio de Calvo un drama de Ferrer del Río, obra de recomendables cualidades, aunque desprovista de interés dramático. Figuraba en él un joven paje, verdadera personificación de la fogosidad y valentía propias de la raza peruana. Rafael indicó tímidamente á su padre su deseo de interpretarlo, negóselo éste en absoluto, aleccionado por la anterior tentativa, insistió el mancebo, acudió la madre en auxilio del amado hijo, quedando, por fin, el joven en plena posesión del papel codiciado. Ya desde los primeros ensayos, empezó á dar muestras de lo que puede el talento cuando la voluntad lo impulsa, en términos que asombrado el mismo autor de la obra, afirmó desde luego que si tan brillantes promesas se realizaban, aquel joven sería una maravilla artística, predicción que hemos visto plenamente confirmada.

Llegó, por fin, la fecha señalada para el estreno y jamás olvidará quien esto escribe, las diversas emociones de aquella noche. Las primeras escenas, pasaron en profundo silencio, pero mediado yael primer acto, la frialdad empezó á hacerse más marcada. Un malestar indefinible se extendió por toda la sala y ningún poder humano parecía suficiente á conjurar la tormenta cada vez más próxima y amenazadora.

En tan críticas circunstancias aparece en escena Rafael Calvo; sus primeras palabras encuentran favorable acogida, y al terminar su parlamento, en el que alboreaba ya la briosa declamación que tanto hemos admirado, un aplauso inmenso, atronador, retumba en todo el teatro; á éste siguen otros muchos, las señales de borrasca truécanse en despejado horizonte, el drama arriba á puerto de bonanza, y su salvación débese exclusivamente á aquel actor casi niño, más tarde gloria y ornato de la escena española. Tal fué el primer triunfo de Rafael Calvo, pero como esta clase de impresiones son poco permanentes, casi no se guardaba recuerdo alguno cuando transcurridos algunos años pisó Calvo en calidad de galán joven el clásico coliseo donde con motivo de ensayarse *D. Juan Tenorio* y rehusando los primeros actores á quienes correspondía desempeñar el protagonista, hubo de quedar Rafael encargado de interpretarlo, produciendo tal entusiasmo que las representaciones se sucedían sin interrupción, en los círculos artísticos no se hablaba de otra cosa, conviniendo todos en que un astro de primera magnitud había aparecido en el nublado cielo de nuestra escena. Entonces, por acuerdo unánime de sus compañeros, fué declarado Calvo primer actor del teatro español, y si antes sorprendiera al público con el *Tenorio*, fanatizóle poco después con *La vida es sueño*. Jamás el fiero Segismundo encarnó en intérprete de tan soberbios arranques ni nunca hasta entonces acariciaron más dulcemente sus famosas décimas los oídos de los espectadores. *La vida es sueño* anunció la declarada predilección de Calvo por nuestro teatro clásico, del que fuera en lo sucesivo glorioso restaurador. Pasado algún tiempo y al frente ya de una compañía, la misma en parte que hoy llora su pérdida, volvimos á admirarle de nuevo en el teatro del Circo, donde hizo ver que si como actor brillaba en primera línea, nadie le aventajaba, como director de escena, dando allí á conocer obras tan reputadas como *La mejor conquista*, *Hermenegildo*, *Rienzi el Tribuno* y otras muchas, sin contar la refundición del *Castigo sin venganza*, en el que, secundado por Elisa Boldun, alcanzó Calvo uno de sus mayores triunfos.

Posteriormente y en todo el apogeo de su gloria añadió á sus timbres de artista los de lector incomparable, avalorando con aquel decir maravilloso, cuyo secreto él solo ha poseído, los valientes conceptos de Núñez de Arce y las útiles ingeniosidades de Campoamor. No descuidaba por esto sus tareas escénicas, y mientras que en *En el seno de la muerte* daba vida al decaído romanticismo, con la magnífica interpretación del *Gran Galeoto* hacía enmudecer para siempre á los que en abso-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Toledo: publicación quincenal ilustrada. 18/9/1889.